

su señor, ¿por qué los comentaristas al *Quijote* han de formar resentimientos conmigo, al recordarles el cuento, y que no ambicionando yo ni ínsula, ni mucho menos criticando mancebías, al proponerme sólo el esclarecimiento de la verdad en el primitivo *Quijote* os habéis de incomodar? ¿Es mucho pedir vuestra amistad? Espero, pues, vuestra venia, ya que no me déis ni otorguéis aquella.

La corrección de capítulos me coloca en el deber, para con todos, les recuerde el cuento interrumpido entre don Quijote y Sancho cuando quiso distraer á su señor en la noche de los batanes, descrito en capítulo XX, páginas 176, 177, 178 y 179 de mi edición, con la sola diferencia que él no le acabó y yo le he de terminar, y á más que en aquel cuento había unos personajes y en esta conseja somos otros. Lo que allí fué Sancho soy yo en ésta, y lo que era don Quijote lo es ahora toda la sociedad: la provincia de Extremadura es el mundo literario: el pastor, Cervantes: la Torralba, Dulcinea, sinónima de corrección, y lo demás como se verá.

Así, pues, fuera del temor que imponen ciertos respetos, me esforzaré en decir un cuento, ó sea la correlación de los capítulos, que si lo acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las consejas que todos los comentaristas del *Quijote* oyeron, y estén atentos, que ya comienzo.

Érase que se era un error de 276 años, y el bien que le viniere para hallar la verdad en su estudio, para todos sea; y el mal, representación en este caso, para quien lo fuera á buscar. Advierta la literatura toda, que el principio que algunos antiguos dieron á sus pensamientos, no fué así como quiera, que fueron notas, sentencias de Miguel Cervantes Saavedra, que dijo: *El error para quien le defienda*; que vienen aquí como el anillo al dedo las acotaciones y anotaciones que puso (á pesar de negarlo en absoluto un novel académico) para que los comenta-

ristas se estén quedos y no vayan á buscar el mal á ninguna parte, sino que se vuelvan por el verdadero camino, la verdad; pues nadie les fuerza á que sigan el error donde tantos críticos recorrieron y patrocinaron. Sigue tu cuento y deja el camino que han de seguir á mi cuidado, dice á estos curiosos el mundo científico entero. Digo, pues, que un lugar de este mundo literario es España, y que en este gran pueblo de épocas pasadas, había un pastor Cervanteño, quiero decir, que guardaba en el año 1605 una manada de riquezas literarias en su libro *El Quijote*, cuyo pastor ó Cervanteño, era fabulista crítico, como digo en mi cuento. Del poema épico que su autor compuso, hizo se llamase el héroe don Quijote, y este don Quijote andaba enamorado de una pastora ideal que se llamaba Dulcinea, la cual pastora, llamada Dulcinea, era hija de un ganadero rico de ingenio, cual ninguno, y este idealista, ganadero rico.

—Si de esa manera cuentas tu cuento, penumbra de Sancho, dijo don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento, respondió la imagen de Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas que el joven académico y comentaristas todos admiten y crearon en la fusión y nueva creación de capítulos; yo no sé contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Dí como quisieres, respondió Cervantes, que pues la suerte hizo interpretases bien mis notas y no pueda dejar de escucharte, prosigue.

Así que, señor académico novel y señores comentaristas, prosigo yo, que como tengo dicho, este fabulista andaba enamorado de su producción, de su ideal, de su Dulcinea, pastora que en su redil contenía todas las bellezas de su libro, obra acabada en hermosura, como

en fealdad la Torralba, la pastora de Lope Ruiz, que fué moza rolliza, zahareña, hombruna, que echaba feto al través de sus buenos bigotes, que parece que ahora la veo, así como también distingo los anacronismos, yerros y faltas que los comentaristas atribuyen á Cervantes en el cómputo de sus capítulos.

—¿Luego conocístela tú? dijo Cervantes.

—No la conocí yo, respondió la sombra de Sancho; pero quien me contó el cuento sacado de las notas del autor, me dijo que era cierto y verdadero lo que la capilla contenía en sus correcciones, que podía bien, cuando lo contase, afirmar y jurar, según lo demuestro en el ejemplar restaurado, que lo había visto todo.

—Así que, yendo días y viniendo siglos, el diablo que no duerme y que todo lo añasca, cual demostré en mi capítulo X, refiriendo el Tragantua gallego que se tragó á los yangüeses, hizo de manera que el amor que el pastor comentarista tenía á la pastora Dulcinea, se volviese en homecillos, que á pesar de no catarsen, desarrollaron mala voluntad, y la causa fué, según malas lenguas, una cantidad de celillos que ella les dió, tales, que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado con crear tantas notas, formar tantas correcciones y trincar tantos capítulos; y fué tanto lo que los comentaristas criticaron de allí adelante, que por desconocer la primera capilla, quisieron ausentarse de la fábula, para irse donde sus ojos no la conocieran.

La verdad es que se vió desdeñada de los críticos, mas luego que sufrió correcciones en Valencia, en Bruselas y otros puntos, quiso su madre patria adoptarla, quererla y reverenciarla, tanto, que á fuerza de abrazarla la esprimieron, y tanto estrujaron con sus halagos, que casi casi la momifican.

—La condición natural de la Torralba, como la de todas las mujeres, dijo don Quijote, á desdeñar á quien bien las quiere, y amar á quien las aborrece...

—Pasa adelante, penumbra de Sancho, no sea se incomoden contigo los comentaristas y sobre todo el *novel* académico.

—Sucedió, dijo la sombra del escudero, que el pastor autor puso por obra su determinación, y así como el primero antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasar el Guadiana é ir á los reinos de Portugal, el segundo, es decir, el autor arrempujó el ejemplar capilla á un rincón del armario viejo que Sancho tenía, para pasarse á las riberas del Peneo, en los campos de Tesalia, que frecuentaba la ingrata Daphnes en compañía del Zurdo, que antecogiendo á Félix Marte de Hircania, sin ser sordo, á pesar de no saber leer, oyó el silbido que le decía se había de apoderar de la sierpe para completar de igual modo los capítulos del *Quijote*, cuando montado en el reptil le condujese al rincón del armario, donde estaba el único ejemplar verdad existente, del número de capítulos y completas correcciones habido en Palacio submarino, que el viejo, después de haber sido sierpe, escamosa, le enseñó como una de las maravillas de la literatura. Así como la Torralba supo la marcha de Lope Ruiz y se fué tras él y siguióle á pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba (según es fama) un pedazo de espejo y otro de peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara, así yo cuando supe que se fué *El Quijote* libro, seguile también á Valencia, Bruselas, Amberes y muchos países más á pie y descalzo, desde lejos, pero siempre con el papel y tintero, el buen deseo y continuado examen en la mano y con los comentaristas en la alforja, adaptada de continuo al cuello, donde llevaba (según es mi costumbre) un compás y un espejo, una carda y no sé qué polvos mágicos en un botecillo de mudas para las caras de los comentaristas.

Mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero

meter ahora en averiguallo, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana, así como el Zurdo pasó el Teseo que en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre; y por la parte que llegaron no había barca ni barco, ni quien les pasase, ni á ellos, ni al ganado de Lope Ruiz, ni á la sombra de Sancho, que sin dejar su alforja, se comprometió también á pasarle el Zurdo, si hallaba barquero; pero como vieron no había barca ni barquero, ni quien los pasase de la otra parte á él y á su ganado, á los otros y su alforja, se congojaron mucho, porque el uno veía que la Torralba venía ya muy cerca, y los otros se extrangulaban con lo contenido en la alforja y sentían á la vez la pesadumbre que les habían de dar, la Torralba, á Lope Ruiz con sus ruegos; á los otros, la alforja con los anacronismos imputados; mas tanto anduvieron mirando, que vieron al fin un pescador que tenía junto á sí su barco, tan pequeño, que solamente podía caber en él una persona en un lado con una cabra, y en el otro lado un individuo con su alforja, representación ésta de capítulos, errores, anacronismos imputados y desfigurados, y con todo esto le hablaron y concertaron con él les pasase primero á Lope Ruiz y á sus 300 cabras que llevaba, y á más al otro con sus alforjas. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra con un comentarista, tornó á volver y tornó á pasar otra y otro comentarista.

—Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando y el comentarista que sale de la alforja, porque si se pierde una y otro de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra de él, ni de los otros. Sigo, pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, donde se caían los comentaristas salidos de la alforja, y tardaba por consiguiente el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra

cabra y otro comentarista, y otra y otro, y otra y toda..... la A...

—¿Acabarás? Haz cuenta que las pasó todas y todos, dijo el mundo literario, no andes yendo y viniendo desta manera con las cabras y los comentaristas, que no concluirás de pasar á todos en un año.

—¿Cuántas y cuántos han pasado hasta agora? dijo la imagen del escudero.

—Yo que diablo sé, respondió el mundo literario.

—He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, y no hay que pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso? respondió el autor del libro: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras y los comentaristas que han pasado por extenso, que si se yerra una ú otro en el número, no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, de ninguna manera, respondieron el barquero y su compañero.

De modo, que así como Sancho preguntó á don Quijote, yo, imitándole, interrogo al mundo entero y le digo: marquen cuantas cabras y comentaristas han pasado; me responderán que no lo saben, y á mí, al ver que un novel académico se permitió decir no dejó Cervantes corregido su *Quijote*, á pesar de tener á la vista demostrado lo contrario, me quiso suceder lo que á Sancho, írseme de la memoria lo que iba á decir, y á fe que era de mucha utilidad y contento para esclarecer lo que me propongo describir.

—¿De modo, dijo el héroe de la fábula, que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

—Dígame la verdad, respondió el héroe, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla se podrá ver ni habrá visto en toda la

vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravilla, pues quizá los golpes, las críticas que no cesan, te deben de tener hurtado el entendimiento, como el de los celillos tuvieron el de los comentaristas.

—Todo puede ser, respondió el compañero de Sancho; mas yo sé decir que en lo de mi cuento hay más que referir.

—Acaba en hora buena el tuyo. ¿Pero qué fué del Zurdo, el pescador y barquilla?

—Ta, ta, ta, señor mío, respondió el otro Sancho (que penetrado, da la iniciativa individual, frutos sabrosos, que la colectividad, fundada en el respeto del principio de autoridad, niega, haciendo con esto el joven académico, oscurecerlos y destruirlos...); pues señor, cuando salieron á la orilla los comentaristas, cayeron en el lodo resbaloso, y se pusieron el traje y la cara tal, que á pesar de aplicar el compás para distinguir las tallas, el espejo para conocer los rostros, la carda para que no quedase nota alguna, fué preciso apelar á los polvos mágicos, donde tocando al botecito con la varilla ó bordon, hizo la suerte entonces que la sierpe se aproximase, y transformando la débil y pequeña barquilla en grande y hermoso bergantín, cual representa el ejemplar, cogiera del lodo á los comentaristas que se iban resbalando y precipitando al río, y para que no se ahogasen, y después de darles cómodo asiento en la nueva embarcación, les dirigió con marcha vertiginosa y paso veloz al río Peneo, en cuyo fondo radica el palacio que aloja á todos los dioses mitológicos, que no habiendo permitido casi sitio, ni dejado fragmento donde se alojara la capa de Cervantes, el día que se inauguró el concierto prosista, decidió el dios Apolo, después de reconocer todo su mérito, ocupara el manco de Lepanto la presidencia en la sección fábulas-satíricas...

—¿Acabarás por fin tu historia? ¿Cuántos comentaristas pasaron y cuántos quedaron en la alforja?

—Como iba diciendo, entonces colocaron los dioses en la cúspide del Parnaso. *El Quijote verdad...*

—¿Y qué más? acaba.

—Que á perro viejo no hay tus, tus, que más vale pájaro en mano que buitres volando, que de casta le viene al galgo ser rabilargo, que en boca cerrada no entran moscas, que al buen callar llaman Sancho, y como el cuento era colorín, colorado se fué por el alto del tejado del Palacio Parnaso submarino, que alojaba los falsos comentaristas, la Sierpe, el Zurdo, su barca y todas las ediciones publicadas del *Quijote* en 276 años transcurridos.

Pero hablemos ahora en serio, que los cuentos son cuentos y las verdades verdades. Prescindamos del primero, que al fin es un mito y no debe creerse en símbolo alguno tampoco, ni dar importancia, cual Sancho dió al resultado que en él determinó el lanzón, nada de eso; que yo no quiero ofender á nadie; ¿pero cuántas son las notas que al *Quijote* han puesto en las diversas épocas que ha recorrido la literatura en 276 años que lleva de existencia aquel libro? Son tantas y de tal entidad, que con razón dije en otras ocasiones no le conocería el mismo Cervantes, si dable fuera volviese á este mundo de miserias. Conviene, de ahora para siempre, fijar con exactitud el hecho culminante, la verdad, y no andar pasando en la barca un comentarista, otro y otro..., que á imitación de un nuevo horizonte nos den sus juicios la idea del espacio infinito del *Quijote no verdad que existió*, como lo acredita la corrección de este capítulo XLVIII, habiendo dado lugar con él á formar este largo período y demostrar ser erróneas todas las ediciones publicadas en 276 años; es decir, el verdadero, el único *Quijote*, es esta restauración que publico.

Nota número 892 de Hartzzenbusch

Folio 282 vuelto, líneas 5.^a y siguientes.